

Luis Olariaga en su centenario

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. JUAN VELARDE FUERTES (*)

Creo que dos motivos justifican que haya escogido para mi intervención de hoy a la figura de nuestro compañero don Luis Olariaga y Pujana. La primera, que en este curso 1985-86 se conmemora su centenario. Recuerdo que en muchas ocasiones me subrayó que él era de la quinta del rey Alfonso XIII. Su fecunda y dilatada vida, tengamos en cuenta que murió en Madrid el 3 de agosto de 1976, fue tan interesante que creo que merece la pena realizar un análisis de algún aspecto de la misma. Pero, además, existe quizás una circunstancia de cortesía académica. Quien le sucedió en la medalla, como consecuencia de azares bien conocidos, no fue un nuevo académico, sino uno tan verdadero como don Salvador de Madariaga cuando éste se reincorporó a nuestra Corporación. Por eso, el académico que sustituyó a Madariaga, nuestro compañero Salustiano del Campo, hizo, como era obligado, el de éste en su elogio al antecesor. Por eso, de algún modo, se eliminó en tan solemne momento, y de forma explicable lógicamente, a la figura de Olariaga. De ahí que en lo que sigue, yo, además, subraye ciertos acontecimientos muy importantes de su vida y obra con las de otros ilustres miembros de nuestra Corporación.

De todos modos, me interesa señalar que lo que voy a decir es muy posible que dentro de poco tenga que sufrir alguna alteración muy a fondo. En estos momentos, una serie de investigaciones en curso han de cambiar la imagen que de él tenemos. Por una parte, para *Papeles de Economía Española*, en un número que prepara nuestro compañero Enrique Fuentes Quintana, el profesor Gonzálo Pérez de Armiñán ha concluido ya, según las noticias que se me han dado, un completísimo estudio de la figura de Olariaga. Por otro lado, dirijo una tesis doctoral para la Facultad

(*) Sesión del día 22 de abril de 1986.

de Geografía e Historia, que elabora Carmen Pérez de Armiñán y García Fresca, sobre los aspectos periodísticos de la obra como economista de Olariaga. Esta tesis ha pasado ya de los primeros momentos de elaboración, y me da la impresión que puede tener un gran valor, por ser sobrina nieta de nuestro compañero la elaboradora de la misma y, por ello, por poder disponer de fondos que, de otro modo, hubiesen sido de imposible acceso.

También, con motivo del centenario, se ha publicado algún artículo suelto que quizá no haya yo podido localizar. Además, en la venerable Real Sociedad Económica Bascongada de los Amigos del País, ha sido organizado en Vitoria un ciclo de conferencias en homenaje a Olariaga. Por ahora no se han publicado los textos y es posible que en alguna se contengan datos de interés. De modo oral tal me pareció lo que sobre nuestro compañero dijo el señor Dolao Lanzagorta. Pero, de todas maneras, con los mimbres que he podido recoger, considero obligado analizar de algún modo tan dilatada vida.

El problema primero que se plantea en relación con Olariaga es el conjunto amplísimo de influencias que existen en su formación. Todos sabemos que, nacido en Vitoria, era hijo de un pequeño comerciante de la localidad. Su familia va a estar relacionada precisamente con esta actividad mercantil. Uno de sus hermanos, incluso va a llegar a ser presidente de la Cámara de Comercio de Vitoria. El, dentro de esta tradición burguesa familiar, va a convertirse, muy joven, en empleado de banca de una institución local. En ella, como era lógico, pasó a relacionarse con un grupo socialista de la Unión General de Trabajadores de Banca. En su sede pronunció alguna conferencia sobre temas económicos, y así, desde Vitoria, se observa en él la dualidad que siempre va a tener que anotarse sobre su figura: comprensión de la problemática económica y preocupación social. En este sentido, recuerdo que en una ocasión me señaló que sus primeras conferencias las había dado «en una casa ante la que las beatas de mi pueblo, al pasar, se santiguaban».

Dentro de su formación como empleado de banca, pasó a Londres. Allí estableció contacto con una persona, también alavés ilustre, con la que va a tener siempre una excelente relación. Se trata de nuestro compañero Ramiro de Maeztu, que allí actuaba como corresponsal, entre otras publicaciones, del semanario *Nuevo Mundo*. Queda muy claro que tres preocupaciones económicas surgieron entremezcladas. La primera fue el papel del gremialismo o guildismo, que en aquellos momentos acababa siendo un componente importante del movimiento sindical británico con influencias claras en el fabianismo y en el laborismo. En el fondo, lo que se planteaba era si el sistema liberal tiene ya sentido en el siglo XX. Una vuelta hacia formas de contratación laboral y de conducta que tuvieron todo su sentido en la Edad Media, introducidas en odres nuevos, ¿no podía tener un extraordinario interés? En segundo lugar, el mundo que se creaba por los fabianos interesaba muchísimo a ambos amigos. Era el instante en que avanzaban, tanto con sus traba-

jos historicistas como sobre cuestiones sociales, gentes como los Tawney y, por supuesto, fue el gran momento de acción de los esposos Webb. Siempre oí a Olariaga elogiar la belleza de Beatriz Webb. Era también el instante en que desde ese mundo se ponían los cimientos de la que después iba a ser célebre Escuela de Londres de Economía. La relación de todo esto con el institucionalismo iba a plantear, para siempre, en Olariaga más de una reacción metodológica importante.

Finalmente, ambos amigos discutieron muchas veces cuestiones que, en más de un sentido, se relacionaban con la gran aportación de Max Weber *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Es el instante en que Ramiro de Maeztu comienza a articular sus ideas sobre *El sentido reverencial del dinero*. La profunda depresión económica que hizo que España no pudiese proyectar ya ninguna influencia política importante en el mundo occidental, angustiaba a los dos, y el fantasma inmediato del 98 se alzaba como una especie de consecuencia de la eficacia de esa ética protestante que de algún modo trataba Maeztu de nacionalizar en España.

Esta primera conexión con Maeztu va a impulsar a Olariaga hacia la Universidad. Tengamos en cuenta que era entonces un simple empleado de banca al que, tanto su amigo como su vida londinense, le abrían nuevas y grandes perspectivas. Maeztu va a ser decisivo para Olariaga porque le va a poner en contacto con dos grandes pensadores: Unamuno y Ortega y Gasset.

Unamuno fue importantísimo para Olariaga en un aspecto de su vida. Como creo haber aclarado en un artículo que publiqué en *Investigaciones Económicas*, el peso de Unamuno fue decisivo para orientarlo en la búsqueda rápida de un título académico de licenciado en Derecho. Unamuno, en aquellos momentos, era una persona extraordinariamente preocupada por tres grandes problemas de la economía: la batalla del método que, según me relató Olariaga, conocía con más profundidad de todo lo imaginable, el tema del socialismo de cátedra, y un atisbo de admiración ante el equilibrio general walrasiano. Unamuno, que ocupaba dentro de la Administración relacionada con la enseñanza en España puestos muy importantes, es el que va a conseguir para Olariaga no sólo facilidades para que curse, con gran rapidez, la carrera de Derecho, sino también, para que logre después una beca de la Junta para la Ampliación de Estudios para Alemania.

A través de Maeztu, y con destino a la revista *España*, Olariaga envía su primera colaboración en ella, que por cierto era muy crítica sobre el funcionamiento del Banco de España. A partir de ese artículo se desató sobre este tema una gran preocupación de todo el mundo intelectual español, que tenía una cierta tradición, creo que como consecuencia de una toma de posición también muy crítica de nuestro compañero don Gumersindo de Azcárate. A partir de entonces, José Ortega y Gasset pasó a considerar como una persona de altísimo interés a Olariaga. Ortega es la tercera de las tres grandes cumbres del pensamiento español que influirían en él en los momentos de su formación como economista. Gracias a Enrique Fuentes

Quintana se ha podido conocer una enjundiosa carta de Ortega y Gasset a Olariaga, cuando éste se encontraba haciendo estudios en Alemania, en la que quedan claras tres cuestiones. La indudable preocupación por la economía de Ortega, la búsqueda de la persona de Olariaga para convertirla en algo así como su corresponsal científico-económico en Alemania, donde se hallaban estudiando tanto cuestiones monetarias como otras relacionadas con el pensamiento social, y, en tercer término, la importancia de los consejos de Ortega a su amigo dentro de un marco de orientación cultural que es esencial para comprender el papel que el filósofo había asumido como orientador de las ideas en España una vez fallecido don Francisco Giner de los Rios.

Como acabo de decir, Olariaga trabajó en Alemania en cuestiones monetarias y también, en otras relacionadas con el ciclo. Es evidente que no recibe, precisamente ninguna influencia apreciable procedente del novísimo historicismo —los Sombart o los Spiethoff— que todavía controlaba bastiones importantes del pensamiento germano y que, por el contrario, el gran prestigio de la Escuela de Viena le va a atraer de modo extraordinario.

Al mismo tiempo, investiga muy seriamente sobre el socialismo, y en concreto, sobre cuatro vertientes de éste: las tentaciones utópicas del mismo; por supuesto, la figura de Marx; en un momento clave de la evolución del mismo, —aún conoce personalmente a Bernstein— el revisionismo marxista, trabajando muy intensamente las tres grandes figuras de este último, Bernstein, Kautsky y Tugan Baranowsky; finalmente, le atrae poderosamente la evolución del marxismo que lleva adelante Lenin, por lo que, a partir de entonces, Olariaga se va a convertir en un estudioso muy importante de la realidad del pueblo donde el mensaje de Lenin trató de cristalizar en forma de realidades socio-políticas.

Esta formación de Olariaga se complementa con sus trabajos, en Madrid, en el celeberrimo seminario de Flores de Lemus, tanto en el Ministerio de Hacienda como en la Universidad Central. Trabaja con Flores en los momentos iniciales de este seminario, cuando son miembros del mismo Alvarez Cienfuegos, Agustín Viñuales, Gabriel Franco, Rodríguez Mata y Vicente Gay. Allí, y no en Alemania, va a sufrir alguna influencia del historicismo y, de modo independiente, de Wagner. Además, en el seminario fue encargado de traducir, glosar y discutir la obra de Mitchell, entonces en el candelero, *Business Cycles*. En lo que yo sé, se trata del primer seminario que estudia entre nosotros con seriedad cuestiones relacionadas con el institucionalismo americano que entra así en España con la mejor ayuda intelectual imaginable.

La Junta para la Ampliación de Estudios le sirvió no sólo para seguir enseñanzas en Alemania, sino también en Londres. Allí se va a poner en contacto con una persona. Me refiero a Francis Ysidro Edgeworth, el sucesor de Senior en Oxford y director o codirector de *The Economic Journal* de 1891 a 1926. Es evidente el entusiasmo por las cosas de España de Edgeworth. Durante mucho tiempo no com-

prendimos algunos el motivo. Keynes, sin embargo, nos lo desvela muy bien, pues la madre de este insigne profesor, el paralelo en Oxford de Marshall, era hija de un exiliado español y vivió un apasionado idilio no sólo en Gran Bretaña, sino también en Florencia, con el padre de Edgeworth, dentro de una relación romántica que fue muy comentada por la sociedad estudiosa británica de aquellos momentos. Edgeworth siempre hizo referencia a la devoción de su madre por San Isidro y a los relatos que de cosas de España le había efectuado. En lo que yo he podido investigar, puede tratarse no de hija de doceañista, sino de exiliado carlista, y eso explica, quizás, esa devoción hacia santos españoles que va a comentar su hijo. También, el espíritu «amable y generoso» que siempre tuvo Edgeworth y que contrastaba para Schumpeter con un talante muy poco ligado a ser jefe o dirigente, al contrario que Marshall, creó una atmósfera de recepción de los estudiosos españoles de economía del máximo valor. Además de Olariaga, van a estar en relación con el insigne profesor de Oxford, Bernis y es posible que Fernández Baños. Como resultado, Olariaga va a ver comentado alguno de sus trabajos en *The Economic Journal*.

Maeztu, Unamuno, Ortega y Gasset, Flores de Lemus y Edgeworth, más el conjunto de maestros alemanes constituyen la solidísima base de una formación que va a proyectar a Olariaga, de modo considerable en la vida española.

En primer lugar, esto se efectúa a través de la cátedra de Política Social que gana en la Universidad Central y que se desarrollaba en los cursos de doctorado de la Facultad de Derecho. Es el instante en que se produce el fenómeno muy poco explicado, hasta ahora al menos, de la ruptura con Flores de Lemus. Sirve esto quizá para que Olariaga, en medio de la pugna con su antiguo maestro, recoja y forme a algún discípulo que pretendía acercarse a Flores y que éste, por lo que fuese, había rechazado. Con motivo de las conferencias jubilaires de Olariaga, Julio Tejero nos ha relatado su propia experiencia en este sentido, y de ahí se derivará un afecto grande hacia nuestro compañero.

Dejando aparte esto, conviene señalar dos cosas. Que los cursos de Política Social que desarrollaba Olariaga tenían una extraordinaria altura científica, una novedad evidente, y por ello, atraían a multitud de auditores. El cuadro de sus profesores ayudantes era muy imporante. Lo fue durante varios años José Antonio Primo de Rivera. Ramón Serrano Súñer tiene en su poder las notas de clase y los resúmenes que de las investigaciones de Olariaga había redactado José Antonio. A mí Olariaga me ha hablado mucho del talante crítico que respecto a decisiones de su padre, el Dictador, tenía José Antonio. Por ejemplo, en una ocasión le habló con dureza éste de la política universitaria de don Miguel y, en particular, de la represión contra docentes y alumnos. «Mi padre no se da cuenta —decía José Antonio— que a los universitarios, ante la opinión, les pasa lo mismo que a las mujeres. Si alguien los golpea en público, ésta no busca el motivo, sino que se pone siempre al lado del golpeado.»

Al mismo tiempo que ejerce de catedrático, desde la fundación de *El Sol*, en 1917, pasa a convertirse en articulista sistemático del mismo. Al menos una vez a la semana aparece un artículo con su firma. Por otro lado, Ortega le encarga que en el periódico cree y oriente todo el conjunto de la información económica del mismo. Desde que se produce su colaboración en este diario, queda bastante claro que Olariaga participa en las cuestiones más vivas y polémicas de la economía española e internacional de aquellos momentos. Mencionaré exclusivamente dos. En primer lugar, su polémica con Cambó, sin la que no se entienden los disparatados consejos de éste en relación con la especulación en moneda extranjera que, por otro lado, se encuentra en la raíz del asunto del Banco de Barcelona. Sobre esta polémica he hablado con cierta amplitud en otro lugar. Además, es muy interesante que a la Conferencia Económica de Génova llegasen, enviados por sus periódicos respectivos, Olariaga por un lado y, por el *Manchester Guardian*, Keynes. Según me dijo Olariaga, Keynes llegó con algún retraso, y él le puso al día, en una conversación rápida, de las novedades ocurridas hasta aquellos momentos. Se inicia así una relación entre los dos, que va a continuar en la larga recensión de la *Teoría General* publicada en *Moneda y Crédito*, y que bien merecería alguna indagación más a fondo.

En esa Conferencia Económica de Génova, tiene Olariaga un choque con el problema de la utopía cuando trata de orientar la vida diaria de las gentes. Presenció las demandas angustiadas de los enviados bolcheviques al mundo occidental porque, literalmente, como consecuencia de los problemas de la guerra civil, la población de la Rusia soviética se moría de hambre. Cómo se transforman las utopías y por qué Stalin tiene que llegar al poder, fueron siempre motivo de preocupación y de análisis por parte de Olariaga.

Además, se desarrolla en él, por influencia conjunta de Maeztu y de Ortega, un interés grande por el panorama económico iberoamericano. Los cursos en Argentina y Chile de Olariaga contienen esa doble influencia. En lo que yo he podido averiguar, en ellos trató de todo. Incluso dio una conferencia en la Facultad de Filosofía de Buenos Aires que se tituló *La desespiritualización de la sociedad moderna*. Como consecuencia de estas visitas, publicó un artículo muy importante en la *Revista de Occidente* que se tituló *Visión de Argentina de un economista*, aparte de multitud de artículos sobre esa materia en *El Sol*. La proyección de *La Defensa de la Hispanidad*, de Maeztu, y de los trabajos de Ortega sobre la República del Plata, aparte de la colaboración de Unamuno en *La Prensa* de Buenos Aires, crean esa atmósfera de análisis de la economía hispanoamericana en Olariaga que no he encontrado absolutamente en ningún otro estudioso español de la economía anterior a 1936.

En cuanto economista profesional, es el momento en que desarrolla cuatro grandes líneas de investigación y trabajo. La primera fue la que va a acabar culminando con su libro *La política monetaria en España*. Se trata de un libro esencial y, a mi

juicio, con una excelente puesta al día, desde el punto de vista doctrinal. Llega hasta el instante en que Keynes ha publicado *A Treatise on Money*, y en él, por supuesto, la figura de este genial economista queda extraordinariamente realizada. En ese cañamazo teórico encaja la realidad monetaria, crediticia y financiera española de modo insuperable. Cuestiones como la del fetichismo del oro que se propalaban desde el Banco de España, o las alusiones al Dictamen de la Comisión del Patrón Oro, esa espléndida aportación de Flores de Lemus, son encajadas del modo más adecuado posible.

Naturalmente, que el tema del tipo de cambio, con sus consecuencias en relación con el desarrollo de la producción, de los precios, del empleo y de los salarios, en medio de una economía mundial donde eran visibles amagos depresivos, va a ser continuamente planteado, y de ahí que pase a estudiar ese asunto como otro de sus temas preferidos.

Este problema no sólo se desarrolla por él a través de un libro que todos hemos consultado con mucho afán, sino de modo diario, cuando se hizo cargo de la Oficina del Control de Cambios en la etapa de la Dictadura, así como cuando, con Calvo Sotelo, se dedica al montaje inicial del Banco Exterior de España, que entonces se funda. Vemos, pues, que Olariaga va a formar parte de lo que se podría llamar la *intelligentzia* colaboradora con la Dictadura, en lo que va a tener también el ejemplo de su paisano y amigo, Ramiro de Maeztu y en la que se encuentra inmerso, por supuesto, Antonio Flores de Lemus.

El tercer mundo que había estudiado y analizado con mucho cuidado Olariaga, fue el ferroviario. Sus artículos en ese sentido son numerosísimos y, desde luego, participa en el intento de solución del problema que afecta a la Dictadura, cuando la polémica se engrandece como consecuencia de lo que se podría llamar avance del estilo del petróleo, con la, en cabeza, creación de Campsa y del Circuito Nacional de Firms Especiales. Dentro del capitalismo corporativo de la Dictadura trata de encajarse todo esto que acabo de decir con el mundo ferroviario a través de la creación de la llamada Caja Ferroviaria y de la armonización del funcionamiento de la red de ferrocarriles de vía ancha en la institución que entonces se constituye, llamada Consejo Superior de Ferrocarriles, de la que fue secretario, y que constituye su primera experiencia administrativa.

El cuarto problema fue el de analizar las consecuencias del nacionalismo económico español en el conjunto del equilibrio de nuestra economía. En primer lugar tendría que hacerse aquí referencia a su investigación sobre el problema del carbón y cómo esta base energética castiza frena la expansión de nuestra economía, en una línea que, algo después, va a continuar Román Perpiñá Grau. Pero, además, de Olariaga debemos destacar sus estudios sobre la relación del nacionalismo económico español con la crisis económica mundial; incluso la memorable entrevista a Keynes para *El Sol* —me parece que el trabajo de Carmen Pérez Armiñán va a poder

demostrar que es Olariaga el autor de la misma—; también sus trabajos en *Economía Española*, la revista que, a través del grupo Unión Económica, trató de coordinar el nacionalismo económico español con el lado burgués de la II República. En esta revista precisamente publica, sobre la depresión existente, una serie de trabajos centrados en la política económica del presidente Roosevelt que, bien leídos, ahora mantienen su lozanía.

Esas cuatro líneas de investigación se completan en aquellos momentos con la traducción, como una especie de ratificación a su postura metodológica, de la obra de Hayek, *Production and Prices*. Todo, además, parece granar del modo más adecuado con los llamados cursos económico-administrativos que se mantienen en la Facultad de Derecho bajo el impulso del profesor Flores de Lemus y que constituían, indudablemente, el primer paso hacia la creación de una Facultad de Economía dentro de la enseñanza superior española.

Este conjunto de esfuerzos, como es natural, se desbarata dentro del gran estropicio —sustantivo que emplea Olariaga precisamente en su primera edición de *El Dinero*— que fue la última guerra civil española.

Logra salir de zona republicana, donde se había refugiado en una embajada, y al llegar a Burgos, pasa a dirigir la contrafigura que en la zona nacional se diseñó frente al Consejo Superior Bancario, la creación de la Ley Cambó de 1921, que permanecía en zona republicana. Esta institución que recibió el nombre de Comité Central de la Banca Española, tuvo desde el principio problemas de cierta significación con la organización sindical naciente, y sólo logró un estatuto definitivo cuando, con la Ley de Ordenación Bancaria de 1946, se volvió a transformar en Consejo Superior Bancario, del que continuó siendo director. Pero, simultáneamente, Olariaga participa, de modo muy señero, en la orientación de la vida monetaria y financiera española a través de su actividad en el Consejo de Administración del Banco de España, en el que termina por ser persona clave de su Comité Ejecutivo. Por otro lado, su amistad con Luis Sáez de Ibarra, largo tiempo Director General de Banca y Bolsa, termina de centrarle en cuanto a ese papel directo que tuvo en la reconstrucción del sistema crediticio y monetario español después de nuestra guerra. A través de una serie de documentos que se han ido publicando, sabemos que defendió la estatificación del Banco de España, aunque procuró matizarla siempre a causa de su presencia en la Dirección en el Consejo Superior Bancario.

Desde el punto de vista docente, Olariaga participa, en principio, juntamente con nuestro compañero José María Zumalacárregui, en los proyectos iniciales de creación de una Facultad de Economía de acuerdo con aquellos primeros pasos dados antes de nuestra guerra. En otro lugar he hablado de cómo el grupo de discípulos de Flores de Lemus, que se habían integrado en la Sección de Economía del Instituto de Estudios Políticos, logró convencer a su director, nuestro compañero Fernando María Castiella y Maíz, del interés de crear una Facultad dentro de otra mentalidad.

El proyecto del Instituto de Estudios Políticos se enfrenta con el del ministro Ibáñez Martín, y logra, como todos sabemos, el triunfo.

Esto significó una cierta marginación de Olariaga en los primeros pasos de la Facultad, y unas reticencias nunca enmascaradas sobre el interés de los cursos que en la misma se efectuaban. Por si esto fuera poco, él y el también compañero nuestro Manuel de Torres, fueron quienes en España plantearon la polémica entre keynesianos y hayekianos que se desarrolló en la *London School*. El sarampión keynesiano, como con humor lo llamó Samuelson, había contagiado desde luego, a Torres, quien, como era lógico, conseguía una gran adhesión por parte de todos los docentes y universitarios de la Facultad. Sin embargo, desde el grupo de docentes vinculados a Olariaga, no dejaban de hacerse advertencias. Por aquellos años decía el profesor Naharro, dentro de un contexto antikeynesiano, «ahora resulta que conferencia sin citar a Keynes es conferencia perdida». Por lo que se refiere al propio Olariaga, basta leer la relación de sus artículos en *Moneda y Crédito* para comprobar hasta que punto supo poner inteligentemente en guardia frente a algún posible exceso de entusiasmo keynesiano.

Todo esto de algún modo se relacionaba con el miedo que los liberales más consumados tenían a que el liberalismo *sui generis* de Keynes se tiñese en exceso, como ocurrió con todo el conjunto del famoso «circo de Cambridge», de socialismo. Por eso, todo antikeynesiano, de alguna manera, adopta entre nosotros talantes o actitudes de tipo neoliberal. Olariaga no iba a ser excepción. A mi juicio, ese talante acaba quedando bien claro con su vinculación con el grupo neoliberal del Banco Urquijo. Basta leer sus importantes trabajos en *Moneda y Crédito*, e, incluso, su discurso de ingreso en esta Real Academia. También considero que debe ser relacionado con esto que, cuando ocupa la cátedra de Economía Política en la Facultad de Derecho, en la que con él fui profesor ayudante, junto con Fuentes Quintana, tiene una obsesión de cara a los alumnos: «Volvamos a los neoclásicos, a ver si, de algún modo, dominamos manías intervencionistas.»

Por otro lado, Olariaga, convertido de antiguo en estudioso de cuestiones monetarias, como se puede comprobar a través de trabajos en *Moneda y Crédito* y de cursos a funcionarios del Banco de España, publica, en dos tomos, la obra que en muchos sentidos cierra buena parte de sus trabajos como investigador: *El Dinero*. El primer tomo, del que se hicieron dos ediciones se ocupa de la explicación de las teorías monetarias más importantes. El segundo se relaciona con el mundo de las instituciones monetarias y financieras nuevas que se habían iniciado en el mundo a partir de la conferencia de Bretton Woods. Uno tercero, de política monetaria, lo aplazó una y otra vez, y concluyó por no publicarse.

Buena parte de la labor de sus últimos años se orienta hacia el fortalecimiento de una creación muy personal suya, financiada por la Banca española y que de algún modo trata de enfrentar con los estudios de la economía en la Facultad. Me refiero

al Instituto Bancario, que, sin embargo, no tuvo el desarrollo o el montaje adecuados, que estaba en el ánimo de Olariaga, a pesar de haber vinculado a sí a insignes catedráticos. Además, cuando se jubila como catedrático en la Facultad de Derecho, pasa a tener, como base para cursillos, una cátedra que le da la organización bancaria española.

El último mundo en el que se refugió de modo intenso, tras su jubilación, fue esta Real Academia. Creo que merced a la pena, de una manera más monográfica, contemplar el desarrollo de sus actividades en la misma a lo largo de los 26 años que en ella trabajó. Tuve la suerte, en los últimos tiempos, de poder puntualizar con él algunos temas, por ejemplo, el de sus críticas a Keynes, que me quedaron así muchísimo más claras. Admiraba por encima de todo lo imaginable a este gran economista, pero le daba auténtico pánico el manejo, a veces enloquecido, que los keynesianos vulgares podrían hacer de las grandes aportaciones de este maestro. También ponía en guardia frente a algunas simplificaciones que, a causa de un deseo de resolver de una vez problemas concretos, podían extraerse con daño general de las enseñanzas de Keynes.

De la mano de Lionel Robbins, y tomándolo de su conferencia *El economista en el siglo XX*, se desprenden dos riesgos que acechan a éste. En primer lugar, el de encerrarse en la torre de marfil, orgulloso de su saber. Se convierte entonces el economista en alguien que maneja a diestro y siniestro el látigo corrosivo sobre las tonterías que escucha en políticos, en empresarios, en aficionados no especialmente avezados al duro terreno de la ciencia. En ese caso, incurre en un pecado que podríamos denominar de narcisismo intelectual.

También existe otro riesgo, que considero que es tan grave como el anterior. Es el de poner la ciencia a disposición del poder, sea público o privado, y, aparentemente, sin dudarlo, con talante de turiferario, con vocación de adaptado perpetuo, a cambio, por supuesto, de suculentos ingresos. Es el pecado de la simonía intelectual.

Yo creo que ambas cosas las evitó Olariaga con talante de auténtico hidalgo. Quizá el mejor planteamiento, en relación con esto, se encuentra en el ciclo de conferencias que en su honor se pronunciaron en 1955 en la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid, a las que ya he hecho referencia. Entonces, el profesor Mariano Sebastián Herrádez dijo lo siguiente, y con esas palabras quiero terminar, porque constituyen el mejor colofón a su vida: «Luis Olariaga... ha actuado, tanto en las tareas públicas, en el asesoramiento de ministros, como en la gestión, con responsabilidad personal en materia monetaria y bancaria, sin que de él haya podido decirse que ha caído en ningún... exceso. Ha sabido asentir y ha sabido discrepar con igual elegancia y discreción en uno y otro caso.»

He dicho.

APENDICE

Carta de José Ortega y Gasset a Luis Olariaga y Pujana (los subrayados son de Ortega).

«Amigo Olariaga: No me agradezca nada. Debo decirle, en honor de la verdad que en presencia mía ha hecho Posada ante señores de la Junta un grande elogio de Vd.

Trabaje Vd. heroicamente: *no lo más hondo pero lo más urgente que hoy necesitamos es economía*. Sin unos cuantos economistas no haremos *absolutamente nada*: Con ellos lo haremos *todo*. Creo que no puede pedirme más paladina declaración de la grande, la inmensa misión de un oficio que es bien ajeno al mío.

Ahora: reciba este consejo, no de irrupiente preceptor, sino de amigo y, sobre todo, de patriota que no quiere que se pierda o al menos que no dé todo su rendimiento una fuerza como puede ser Vd. Llegar a poseer una ciencia supone dos cosas muy delicadas: 1.^a no tener el menor apresuramiento en tomar una posición personal ante sus problemas generales. 2.^a tender al trabajo especialmente en cuestiones de detalle.

La Economía es una ciencia *generalmente no-central*: por tanto ella no es —como acontece en la Filosofía— una ni varias ideas centrales. Necesita imprescindiblemente de éstas, pero no es éstas.

¿Tendría tiempo, gusto, humor, ocasión en escribirme introduciéndome en los temas que hoy se disputan más ahí entre economistas y mandándome notas bibliográficas razonadas?

Otra pregunta: ¿conoce Vd. bien el problema del Banco de España? Por bien entiendo lo necesario para poder responderme con seguridad a esta pregunta: ¿Podría hacerse una campaña política fuerte, ejemplar, contra el Banco de España?

Nuestro país cambia por días, por horas. Entramos en tiempos más fuertes.

Saludos a los amigos que anden por ahí.

Sólo le deseo que goce del entusiasmo y de la fe de que goza su amigo

Ortega

Madrid, 6 de abril de 1914.